

PROBLEMAS ACTUALES DEL MONAQUISMO

En teoría, no cabe duda de que el monaquismo representa, cierta separación del mundo y de que quiere ser una vida contemplativa. Esta ha sido la doctrina constante de la Regla, de la tradición, y de los autores, aún cuando los monasterios no practicaron este ideal. Desgraciadamente, sin embargo, los que se dedican más a ese ideal han tenido poco éxito en ponerlo en práctica de un modo adaptado a nuestros tiempos.

Los monasterios más contemplativos dan la impresión a veces de ser un poco arcaicos, y sin relación al mundo en que viven. La objeción principal en contra de ellos, sin embargo, es que a menudo parecen incapaces de fomentar el desarrollo personal del monje individual. Y para nuestra época de personalismo, éste es el pecado capital.

Otras objeciones se levantan por motivos específicamente cristianos. Hoy la característica actitud espiritual es “encarnacionalista”, y aun nuestras ideas de la escatología están evolucionando. Al mismo tiempo, se está desarrollando una teología del trabajo que considera el trabajo del hombre como algo más que un mal necesario o un pasatiempo para entretenerse.

En una palabra, la cosmovisión y espiritualidad cristianas han evolucionado substancialmente en las últimas décadas. Los autores monásticos en general no han asimilado este hecho, y ellos o hacen caso omiso de él o minimizan la importancia del mismo. Como resultado, la descripción del monaquismo que ellos ofrecen y proponen no solamente es poco atrayente sino es aun ininteligible para un número importante de cristianos.

Mientras tanto y un gran número de monasterios en la práctica han dejado el ideal contemplativo, aunque se lo mantenga a menudo en teoría. Estos monasterios se ocupan de parroquias, escuelas, y otras clases de actividad que ofrecen a los miembros de la comunidad una forma útil y compensatoria de expresión personal.

Pero estos monasterios activos tampoco satisfacen plenamente. Son híbridos institucionales que resultan ineficientes y a menudo son una carga pesada para los recursos humanos de los miembros. Además, no es fácil explicar lo que representan estos monasterios. Los estudios históricos ilustran cómo llegaron a ser lo que son, pero eso deja todavía sin respuesta, la pregunta acerca de que orientación deberán adoptar para el porvenir. Es curioso notar que ellos casi no tienen ideales, puesto que el ideal del monaquismo contemplativo, que es el único ideal tradicionalmente a su disposición, les puede ayudar muy poco.

Tenemos, entonces, un monaquismo dividido en dos grupos principales, con un mínimo de diálogo entre ellos. El grupo contemplativo pretende ser la actualización más auténtica, del ideal monástico, y su pretensión es poco disputada por el grupo activo, que tiende a sentirse más bien incómodo al discutir ideales monásticos. Pero la falta de asimilación por parte de los contemplativos de los conocimientos antropológicos de nuestra época, debilita el testimonio que ellos esperan dar. Por otro lado, el grupo activo se encuentra en la situación de poder satisfacer con más facilidad las aspiraciones personalistas de sus miembros. Pero no ha podido definir a satisfacción lo específicamente monástico de su forma de vida.

Hasta el presente, estas dos tendencias han quedado más bien aisladas la una de la otra. En vez de tratar de llegar a un común acuerdo acerca del sentido y significado del monaquismo en nuestros días, han seguido sus propios caminos y han defendido esto en nombre del pluralismo

benedictino. Estos mismos benedictinos que jugaron un papel importante en el movimiento actual de renovación eclesial, se han mostrado poco imaginativos en cuanto a poner en orden su propia casa.

Pareciera, pues, que el monaquismo debe enfrentarse con dos grandes problemas: el de describir una vida de separación del mundo en términos que signifiquen algo para el hombre de hoy, y el de fomentar el desarrollo y la expresión personales del monje dentro de la estructura de la orden.

En torno al primer problema, tenemos que recordar lo difícil que es definir el monaquismo. Con todo, debemos ser capaces de llegar a alguna definición. El oponernos a cualquier intento de definición, aun en nombre del pluralismo benedictino, fomenta la sospecha de que nosotros mismos no entendemos de veras la naturaleza del monaquismo.

Los términos que elijamos para hacer una definición tendrán que ser inteligibles a la mente moderna. No nos ayuda hablar únicamente en categorías bíblicas o medievales, como las de la “vida angélica” o de la “vida del paraíso”, porque esos conceptos son aún más oscuros que el término monaquismo y necesitan ser explicados a su vez.

La separación del mundo

Es sobre todo este asunto de la separación del mundo el que se hace problemático para la mentalidad moderna. Pero un mínimo de soledad es fundamental a la noción misma del *monaquismo*. Si no presentamos un motivo aceptable para esta soledad, no se hará aparente la relevancia del monaquismo.

Tal vez la clave de una solución sea que la separación del mundo tiene que describirse como una clase de relación al mundo. En el pasado hubo una tendencia a describir el monasterio como entidad auto suficiente, una especie de pequeña iglesia en sí misma. Su relación al mundo externo se consideró un asunto más bien incidental. Semejante actitud no es apropiada hoy. Pensamos hoy en términos de sociedad y de Iglesia en conjunto, y se espera de cada institución que justifique su existencia, indicando el papel que desempeña dentro de este contexto mayor. La característica separación del monasterio no es un separarse de la sociedad entera, sino unidamente de algunas instituciones de la sociedad. El monasterio influye en el resto de la sociedad, y recibe la influencia de él, cualquiera sea el grado de su soledad aparente. Y la cuestión planteada hoy a la orden monástica, es que describa el significado y el contenido de esa relación a la sociedad.

A pesar de la relativa novedad de la empresa, no ha de ser demasiado difícil describir en términos modernos el sentido de la soledad monástica. Así como el monaquismo es la contraparte reflexiva o contemplativa de las instituciones más activas en la Iglesia, así también existen en la sociedad moderna muchas relaciones de naturaleza semejante.

La relación entre las letras y la tecnología moderna es un ejemplo que podría explotarse; o también, la relación entre la vida académica y la política. Aún dentro del campo de la ciencia uno podría apuntar la distinción entre la investigación básica y la ciencia aplicada, su interdependencia, y la necesidad de ambas para mantener un equilibrio sano dentro de cualquier rama de la ciencia.

Otro punto que ha de considerarse es que vivimos en una edad de especialización. No se espera de ninguna institución que haga todo.

Lo único que se exige es que cada institución cumpla bien con su función especializada y que sea una parte útil del conjunto. Esta característica de la sociedad moderna facilita mucho nuestra

tarea, y no debemos dudar en utilizar estos conceptos de nuestros días.

A la luz de lo dicho, pedamos ofrecer una descripción provisional del monaquismo. En cuanto a la Iglesia toda, el monaquismo es la contraparte reflexiva de la tarea activa de evangelización. Pero no está en el mismo plano como la meditación y el estudio del individuo. La diferencia está en que el monaquismo es una institución. Su campo de especialización es el de proporcionar un ambiente dentro del cual algunos cristianos tratan de penetrar tan profundamente como les sea posible en el Misterio divino, por medio de su inteligencia, y de todo su modo de vida.

En referencia a la sociedad en conjunto, el monaquismo encuentra su lugar al lado de otras instituciones dedicadas a la reflexión y a la investigación más bien que a la productividad inmediata. Esto no quiere decir que el monaquismo es reductible a esas otras instituciones, o viceversa. Sociológicamente, sin embargo, todas las instituciones que tienen como función especializada el fomento de la reflexión, se pueden catalogar juntas. Una vez que se acepte la legitimidad de la religión el lugar del monaquismo dentro de la sociedad puede ilustrarse por su inclusión dentro de ese grupo de instituciones dedicadas a la reflexión.

Aunque estos apuntes no constituyen una definición en el sentido clásico, son una indicación del enfoque que nos puede servir. Lo que hace falta no es una definición válida para todos los tiempos, sino una descripción del sentido y del lugar del monaquismo dentro de la sociedad contemporánea, una descripción que utilice conceptos familiares al hombre de hoy y le permita comparar el monaquismo con otras instituciones conocidas.

El desarrollo personal del monje

El segundo problema principal enfrentado hoy por el monaquismo es el de proporcionar los medios para el desarrollo y la expresión personales del monje individual. En los siglos pasados esto no era un verdadero problema, porque la vida de la sociedad en general era más sencilla, y los monasterios mismos podían ofrecer posibilidades humanas que a menudo eran comparables o aún mejores de lo que ofrecía el resto de la sociedad. Hoy, sin embargo, el monaquismo está atrapado por una presión doble de especialización, la de las personas individuales y la de las instituciones.

En primer lugar, el monje individual, está llegando a ser cada vez más preparado. Algunos ya han recibido una formación especializada antes de entrar en el monasterio, y otros la consiguen después. Trátese de una especialidad académica o bien técnica, el resultado es casi el mismo. Los talentos de uno se han desarrollado en una dirección determinada, y este es un hecho que hay que tener en cuenta. Cada persona necesita un mínimo de autoexpresión en la que se da lo mejor de sí mismo, y aquí entra inevitablemente la especialidad de uno.

Esta tendencia hacia la especialización no es mala. Permite a la persona concentrar sus esfuerzos en el área de sus talentos particulares. Así las características individuales de cada persona se acentúan, y viene a ser más capaz de hacer una contribución propia a la sociedad en que vive. Aclaremos en este punto que no estamos negando la necesidad de una amplia educación general, sino más bien tratando de la especialización que le sigue y la complementa.

A esta especialización del individuo se agrega la de las instituciones. Ya han pasado los días de la pequeña comunidad auto suficiente. Nuestra sociedad se caracteriza por la interdependencia creciente de todas sus instituciones, y en este sistema cada una se dedica a cumplir solamente aquellas funciones que puede hacer con eficiencia y competencia.

Toda esta tendencia hacia la especialización hace surgir problemas serios para el monaquismo. Por un lado los monjes individuales se hacen cada vez más especializados, lo que en la práctica

significa diferenciados. Por otro lado, el monasterio como institución llega a ser cada vez menos capaz de proporcionar el marco dentro del cual los talentos especializados de sus miembros puedan desarrollarse y expresarse.

En el pasado se buscó una solución en el trabajo de parroquias, escuelas y otras obras, las cuales fueron asumidas no sólo por las necesidades de la Iglesia sino también para proporcionar medios de autoexpresión a los monjes. Pero se ve hoy que esta solución es menos ideal. Comprometiéndose en tal obra, el monasterio se compromete a proporcionar el personal suficiente para la misma. Aunque este estado de cosas pueda andar bien al comienzo, puede ocurrir que las exigencias de personal de la obra sean mayores que el número de monjes que tienen el interés y la aptitud necesarios. En tal caso, es muy posible que se designen personas no aptas, y así una obra que era, o todavía es, un modo de autoexpresión para algunos, viene a ser justamente lo contrario para otros.

Otra objeción a tal sistema es que va en contra de la tendencia hacia la especialización institucional. El monasterio como institución tiene que dedicarse a su especialidad si va a cumplir su tarea de un modo eficaz. Pero su especialidad no consiste en el trabajo de escuelas, parroquias ni otras tantas obras, sino más bien en proporcionar un ambiente dentro del cual el monje pueda reflexionar y profundizar su percepción del Misterio divino y ahondar su compromiso cristiano. Aunque sea verdad que semejante régimen no es suficiente en general para el pleno desarrollo de la persona cristiana, las otras exigencias de la educación y de la autoexpresión deben satisfacerse de forma que no impidan al monasterio cumplir con su función verdadera.

Una solución posible para este problema es la configuración de la unidad monástica en un monasterio central con una o más comunidades satélites. El monasterio central sería el lugar de la reflexión, de la soledad y de la formación, y no tendría compromisos institucionales con ninguna forma específica del apostolado. Bajo la jurisdicción de este monasterio central, una o más comunidades satélites funcionarían en otros lugares como centros de apostolado y de autoexpresión para los monjes, los cuales vivirían y trabajarían en estas comunidades por un espacio de tiempo que variaría según las exigencias y las necesidades personales de cada uno.

Es importante fijarse en que una comunidad satélite no tiene otra finalidad que proporcionar el marco dentro del cual el monje individual pueda satisfacer la necesidad humana de la autoexpresión, y eso de una forma no posible en un centro monástico dedicado a la reflexión y a la soledad. Por consiguiente y la comunidad satélite no debe ser una entidad independiente; sino que debe permanecer unida a un monasterio central. Tampoco debe tener personal propio, sino más bien habrá una rotación continua de monjes entre los dos centros de acción y de reflexión, según las necesidades de cada persona. La comunidad satélite no tendrá compromisos apostólicos fijos, y el trabajo a cumplir dependerá de las personas que se encuentran en ella, en tiempo determinado.

Aunque sea posible que la comunidad satélite haga un aporte valioso a la obra apostólica de su región, no es ésta su justificación. Hay que recordar que la especialidad del monaquismo es la reflexión y que ésta es la tarea del monasterio central. La comunidad satélite existe solamente para proporcionar ciertas posibilidades para la autoexpresión que no pueden encontrarse en nuestros días dentro del monasterio solo. Esta actividad suplementaria se ofrecerá para promover el desarrollo personal del monje, para que siendo una persona más completa, él pueda entregarse con más ahínco a la especialidad de su vocación monástica, que es la consideración silenciosa y paciente del Misterio divino en toda su amplitud.

Un ejemplo de comunidad satélite sería un grupo de monjes viviendo cerca de una universidad. Varios monjes llevarían una forma modificada de vida comunitaria mientras enseñaran, estudiaran o trabajaran con los alumnos. Cada monje pasaría allá el tiempo que correspondiera a sus necesidades e intereses. La comunidad no tendría compromiso institucional alguno, y a lo

mejor alquilaría su alojamiento a fin de conservar al máximo su flexibilidad.

Otro ejemplo sería: algunos monjes que se dedicaran a varios trabajos sociales o pastorales en una ciudad. Esto beneficiaría a la ciudad en que vivieran y también contribuiría al desarrollo personal de los monjes individuales.

Estos son solamente dos ejemplos de una comunidad satélite que podría funcionar bajo la dirección general del monasterio central. Este sistema permitiría al monasterio central conservar su carácter de centro de reflexión y de soledad. Al mismo tiempo daría a los monjes la posibilidad de satisfacer, cuando fuera necesario, la necesidad humana fundamental de una forma más activa de autoexpresión.

Cada persona necesita esta alternación periódica de reflexión y de actividad, aunque en proporciones distintas, según la edad y el temperamento de cada uno. Los monjes no están exentos de esta necesidad fundamental. La diferencia entre una vocación monástica y la de una forma de vida más activa es una diferencia de proporción. El monje tiende más a la reflexión que a la acción directa; pero no de forma exclusiva. El hecho de que las exigencias de autoexpresión activa sean proporcionalmente menores para el monje que para el que tiene una vocación más activa, no significa que se puedan ignorar esas exigencias. Para el desarrollo integral de la persona cristiana, hay que buscar un equilibrio que sea apto para cada persona.

La orden monástica tiene que encontrar su equilibrio propio, y aún dentro de cada unidad monástica hay que buscar el equilibrio justo para cada monje. En nuestro tiempo es difícil, sino imposible, que una sola casa proporcione el ambiente adecuado, tanto para la reflexión como para la actividad. Por eso sugerimos este sistema de un monasterio central con una o más comunidades satélites. Sería posible que varios monasterios centrales colaboraran en la formación de alguna comunidad satélite, pero cada monje conservaría su afiliación básica a su propio monasterio y buscaría allí el ambiente de reflexión y de soledad que es, después de todo, la característica fundamental y la especialidad del monaquismo.